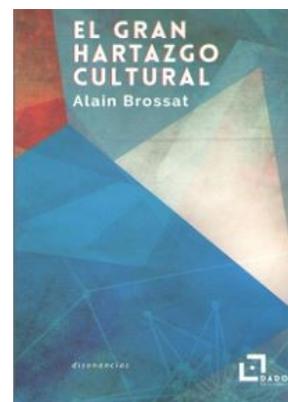


BROSSAT, Alain (2016). *El gran hartazgo cultural*. Madrid: Ediciones Dado.
ISBN: 9788494507205, 186 pgs.



"El gran hartazgo cultural" (*Le grand dégoût culturel*) es un libro de ensayo que fue escrito por el filósofo francés Alain Brossat y publicado en 2008 en Editions du Seuil (París). El autor, que ha sido profesor de filosofía política en la Universidad Paris VIII ("*Université Vincennes à Saint-Denis*"), ha adquirido cierto renombre en Francia a través de sus más de veinte ensayos publicados sobre cuestiones como el binomio violencia-Estado, la biopolítica, la cultura o las posibilidades de resistencia.

La presente edición del libro de Brossat es una minuciosa traducción al castellano de la obra original. El trabajo ha sido llevado a cabo por David J. Domínguez, quien se ha tomado la cada vez menos habitual molestia de comentar en sus "notas del traductor" algunos aspectos claves de ese proceso casi alquímico que es el intento de traslación del alma de una obra original a otra lengua. A su vez, sus notas constituyen un interesante apoyo para el público menos francófilo contextualizando los ejemplos y comentarios más localistas utilizados por el autor. Huyendo del popular parónimo italiano ("*Traduttore, traditore*"), la honestidad de este trabajo, así como el mimo en el desarrollo de su edición (diseño, maquetación...) coloca el listón en una posición bastante más alta que aquella a la que el —cada vez más acuciante— ritmo de la industria editorial contemporánea nos tiene acostumbrados. Un listón alto, sobre todo al comenzar, es siempre un buen augurio. Y es que la aparición de "El gran hartazgo cultural" supone, desde el punto de vista de su editorial, un hecho doblemente pionero. Por un lado, se

constituye en el primer trabajo de Ediciones Dado. Este joven y prometedor proyecto se define como una "microeditorial" y, aún poseyendo una clara vocación política, su modesta pretensión es contribuir a la crítica y su difusión desde el humilde oficio de la edición de libros. Por otro lado, abre una prometedora colección, *Disonancias*, centrada en la idea de aportar al desarrollo de una "crítica de la crítica". Dicho esto, es necesario mencionar que la presente edición del ensayo de Brossat va más allá de ser una mera traducción al castellano de la obra original. Incorpora tanto un prólogo para la edición en lengua castellana así como un interesante anexo de conversaciones entre los editores y el propio autor en el transcurso de las cuales se incide en ciertas ideas expuestas en el libro, se hacen interesantes aclaraciones y matizaciones (necesarias tras el paso del tiempo) y se abren, a su vez, nuevos interrogantes y posibles líneas de pensamiento.

"El gran hartazgo cultural" se centra en la reflexión crítica acerca del papel de la "cultura" en los sistemas políticos contemporáneos. Basándose en una suerte de filosofía de la sospecha, Brossat pone en el punto de mira a ese nuevo paradigma político al que denomina la "democracia cultural". Si bien la tradicional noción de *historia* podía entenderse —al menos desde el giro que supuso el materialismo histórico— como la narración del conflicto social (lucha de clases, luchas anticoloniales, conflicto de género, etc.), la nueva noción de *cultura* que caracterizará a la democracia cultural se postula como el más idílico sustituto estructural a cualquier dialéctica. Versátil, maleable e infinitamente inclusiva, la idea de cultura tiende en la actualidad a una creciente expansión e indiferenciación y, lo más importante, avanza hacia la construcción de un paradigma consensualista dirigido a enterrar la propia lógica del conflicto, es decir, la esencia misma de la política.

¿Pero a que nos estamos refiriendo cuando hablamos de "cultura"? Para Brossat existe una relación evidente entre la creciente polisemia del término y el incremento de su eficacia como instrumento de dominación. "Todo o casi todo es cultura", como dice el propio autor, en esta lógica móvil y fluida de la "aglomeración cultural". La noción de cultura no se refiere, pues, tanto a un contenido sino a un continente, una categoría fluida y siempre en expansión. La totalización de la institución cultural se erige como el "otro" de la política —que se caracterizaba por el conflicto y la acción— y se constituye en una creciente pacificación social, la eliminación progresiva del propio imaginario de la "diferencia" dentro de una nueva amalgama simbólica. El efecto alquímico de la democracia cultural es el de convertir el conflicto en un perpetuación del *status quo* que sustituya toda dialéctica, toda disensión política,

por una agregación sin fin. La cultura se convierte en el nuevo bálsamo social, la “consolación de consolaciones”.

Y es que la cultura es hoy, según el análisis de Brossat, un instrumento de dominación que nos envuelve sin que nos apercebamos de su doblez. No solo desplaza progresivamente al conflicto político de nuestra vida social, sino que además logra la identificación del sujeto con el nuevo paradigma totalizante de la democracia cultural. ¿Cómo? A través de mecanismos como la propia institución escolar. Lejos del proyecto emancipador que postulaba la Ilustración, la actual Escuela —gratuita, obligatoria y nacional (controlada por el Estado)— supone un espacio privilegiado de generación de sujetos en manos de las estructuras de poder. Los *homo culturalis*, hijos de esta nueva educación monopolizada por el Estado y dedicada a generar ciudadanos despolitizados pero repletos hasta el hartazgo por el consumo de bienes culturales (llegando a alcanzar la “obesidad cultural”), defenderán la cultura *per se* mediante una adhesión incuestionada. La defenderán de la amenaza fantasma de una cultura en peligro sin apercebirse de que, en realidad, la cultura se encuentra en un perfecto estado de permanente expansión. Como dice el propio Brossat, “ser *culturizado* es aprender a no ceder ante el primer impulso y no inmiscuirse en los asuntos de los demás, es aprender la impasibilidad” (pág 81). Y además de aprender la impasibilidad, esto es, ser domesticados, es aprender a ser individuo en la masa, pero desligado de la masa, desinteresado de los asuntos de la masa. La creación del ciudadano ideal de toda “democracia cultural” pasa por que su proceso de subjetivación atienda a dos criterios: la despolitización y la individualización. De este modo se ha pervertido, en manos de las instituciones que conforman el Estado, el sueño emancipador ilustrado que un día creyó de forma sincera —aunque quizás algo cándida— que el saber nos haría libres. De este modo el Estado (o al menos en la denuncia de esta institución específica parece centrar Brossat el grueso de su artillería argumental) erige la “nueva pastoral” —que reemplaza a las antiguas pastorales religiosas— a través de la cual mantendrá el orden de las cosas.

Ante tan descorazonadora realidad, la propuesta de Brossat es la de “repolitizar la crítica de la cultura”. Sin embargo hay algo en su proyecto que parece flaquear precisamente en cuanto a la consecución de este objetivo. Si bien su obra refleja un gran esfuerzo de nominación (genera nuevos conceptos, necesarios para identificar realidades incipientes) e identifica algunos de los mecanismos principales de dominación de la democracia cultural, su filosofía —de raíz foucaultiana-nietzscheana— parece sentirse cómoda manteniéndose en el plano de la impugnación general. A pesar de que Brossat supone el soplo de aire fresco de una en-

mienda filosófica a la totalidad, esta plantea dos carencias fundamentales para conseguir el declarado objetivo de la repolitización del mundo social contra la creciente hegemonía de la democracia cultural.

La primera de ellas es la ausencia de proposición de estrategias de resistencia. Ante el devastador paisaje que dibuja, ni siquiera parece proponerse sugerir la más mínima línea de acción que persiga la tan ansiada repolitización. El propio Brossat objetaría que dicho planteamiento excede a todas luces los objetivos de su ensayo. Recordemos que lo que Brossat se plantea es hacer una “crítica a la crítica”, quizás para despertarla de su letargo, pero sin pretender guiarla con recetas mágicas o liderazgos mesiánicos. Sin embargo no deja de ser curioso que la “solución” a la situación denunciada sea la repolitización y, sin embargo, no se dedique al menos una parte del texto a desarrollar al menos una propuesta sobre el *cómo* de esa posible repolitización.

Atendiendo a la segunda carencia de su obra, es preciso decir que incluso si aceptáramos las pretensiones meramente impugnatorias de su proyecto, parece haber algo que hace cojear su crítica de la crítica. Su enmienda es general, como lo son sus análisis. General en sus dos sentidos: en la totalidad de su afán (impugna lo que define como un “régimen general”) y en la falta de especificidad de sus procedimientos. Ni sistematiza su estudio, ni utiliza herramientas metodológicas que, desde el punto de vista de las ciencias sociales, le permitirían hacer un análisis más específico y robusto de los mecanismos de dominación. Cae a menudo en la tentación de sustituir con un lenguaje casi poético la falta de unos mecanismos sistematizados de observación. El caso de la “imagen”, a la que insiste en entender desde un punto de vista “diferencialista”, como si fuera algo absolutamente distinto y mucho más poderoso que cualquier otra forma de comunicación humana, se trata como una pura cuestión de fe. Coincide en ello —seguramente a su pesar— con algunas apreciaciones popularizadas por los frankfurtianos, pero al igual que ellos, solo se ampara en la prenoción generada por un supuesto efecto diferencial de la imagen que vincula a algún que otro lugar común como “los grandes propagandistas de todos los tiempos”, “el poder sugestivo de la imagen” o “lo subliminal”. Lejos de referir un corpus teórico (psicológica, mediológica, sociológica o semiótica), asume el poder superior de la imagen como algo dado y de esa entelequia “deduce” una desafección generalizada por el lenguaje. En este punto, y debido a la falta de un sustrato metodológico, el devenir de su ensayo pierde eficacia y comienza a construir algunos castillos de arena de difícil sustento. Por otra parte, en el caso de su análisis de la institución escolar, también parece verse obligado a cada paso a descubrir la rueda de forma algo innecesaria. Existe gran can-

tividad de sociología que han tratado la escuela como mecanismo de reproducción. Uno de los análisis más brillantes posiblemente sea el que su compatriota, el sociólogo francés Pierre Bourdieu, realizó en *La Distinción* y en otras muchas de sus obras. Resulta extraño que, coincidiendo no solo su objeto de análisis (la escuela), sino también en algunas de sus hipótesis de partida (la escuela como mecanismo fundamental de reproducción del *status quo*), Brossat no se haya interesado por los análisis bourdianos que, precisamente podrían aportarle esa base empírica que le ayudara a sostener y hacer más fuerte su impugnación filosófica.

En resumidas cuentas, el ensayo de Brossat es un texto fresco y sugerente; su intuicionismo y su capacidad para encontrar la expresión adecuada poseen un potente efecto de seducción que incita todo el tiempo al lector a seguir leyendo. Pero conforme la obra avanza, crece la sensación en el mismo de que el propio Brossat se acaba perdiendo en la vorágine de los mil objetos de esa cultura expansiva que denuncia (del éxito de *peplum* al Cristo de Mel Gibson, de las camisetas con frases ocurrentes al funcionamiento de los *jingles*). Conforme su ensayo fluye, cada vez se hace más evidente que la falta de sistematicidad de sus métodos y su indisciplinada forma expositiva le lleva frecuentemente a callejones sin salida. Sin embargo, y quizás debido a esa errática forma de proceder, en alguna que otra ocasión, nos permite rozar con los dedos el instante de iluminación filosófica que, sin saber cómo, nos hace comprender algo que en nuestro fuero interno solo intuíamos. Quizás sea ese, en realidad, el verdadero valor del ensayo filosófico en tanto que género. Si es así, “El gran Hartazgo cultural” es exactamente eso: un estímulo necesario, un catalizador de mentes y una indispensable espuela que azota al propio pensamiento crítico.

Albert García Arnau
Universidad Complutense de Madrid
albertgarcia1984@gmail.com